

LOS OBSTÁCULOS SOCIALES A LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA¹

SALVADOR JUAN

UNIVERSITÉ DE CAEN-BASSE NORMANDIE

Recepción: junio 2013; aceptación: julio 2013

R E S U M E N

LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA —QUE SUPONE REDUCIR AL MISMO TIEMPO LAS EXTRACCIONES DE RECURSOS NATURALES, LOS RIESGOS TECNOCIENTÍFICOS Y LOS IMPACTOS AMBIENTALES, SEAN CONTAMINACIONES SEAN EMISIONES DE GASES DE EFECTO INVERNADERO— NO PUEDE OCURRIR SIN ACARREAR OBSTÁCULOS Y CONFLICTOS SOCIALES. ESTE ARTÍCULO PRESENTA LOS PRINCIPALES PROBLEMAS QUE SUSCITARÁ LA NECESARIA DISMINUCIÓN Y REESTRUCTURACIÓN DE LA PRODUCCIÓN ECONÓMICA: VOLUNTAD DE CONSERVAR CIERTO CONFORT CON UN NIVEL ELEVADO DE CONSUMO, RESISTENCIAS LABORALES PARA PROTEGER EL EMPLEO Y EL SISTEMA DE PROTECCIÓN SOCIAL, LOBBIES EMPRESARIALES DEFENDIENDO LOS BENEFICIOS, ETC.; INCLUYENDO TAMBIÉN FACTORES AÚN MÁS DE PESO, TALES COMO LA INERCIA DE LA ORDENACIÓN DEL TERRITORIO, QUE FAVORECE EL USO HABITUAL DE LOS AUTOMÓVILES, Y LA VOLUNTAD DEL SUR DE ENRIQUECERSE A SU VEZ POR PURA JUSTICIA SOCIAL E HISTÓRICA. EL ARTÍCULO ACABA IDENTIFICANDO ALGUNAS VARIABLES DE ACCIÓN POLÍTICA QUE SERÍAN POSIBLEMENTE CORRECTIVAS Y SUSCEPTIBLES DE EVITAR O VENCER DICHS OBSTÁCULOS.

PALABRAS CLAVE:

TRANSICIÓN ECOLÓGICA, OBSTÁCULOS SOCIALES, PRODUCCIÓN ECONÓMICA, CONSUMO, RESISTENCIAS LABORALES, LOBBIES EMPRESARIALES, ORDENACIÓN DEL TERRITORIO, JUSTICIA SOCIAL, ACCIÓN POLÍTICA

Si se considera que la transición ecológica es el paso —necesariamente gradual— de las sociedades industriales productivistas hacia un modelo de sociedad que podríamos llamar, según Alain Tourai-

ne, «sociedad programada» pero ecológicamente sostenible, muy probablemente los principales obstáculos que surgirían no serían de naturaleza técnica o económica, ni siquiera cultural, sino prin-

¹ Este artículo es una versión revisada de la conferencia dictada en el curso *Sociología y sostenibilidad: perspectivas emergentes*, celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, sede de Valencia, del 22 al 24 de octubre de 2012. Resume algunas de las ideas desarrolladas en un libro sobre el tema (Juan, 2011).

cialmente social. Las resistencias y los conflictos que vemos hoy en día sobre todo en Europa, donde las reformas medioambientales se traducen ya en directivas de la Unión Europea, se desarrollarán de tal forma que el tratamiento político de dichos obstáculos será, casi con toda seguridad, la principal variable de acción estratégica para intentar acelerar un proceso de cambio que estamos condenados a asumir y conseguir. El examen de estos obstáculos sociales constituye el objeto de este artículo que, previamente, recordará cuáles son los requisitos de la llamada *transición ecológica* y, posteriormente, dará pistas y orientaciones para la acción que indiquen la forma en que pueden ser superados.

Trataremos más de los individuos que de las empresas cuya actividad conlleva riesgos ambientales y de las que se sabe que la organización en lobbies es su modo habitual, casi natural, de actuar para oponerse a las reformas de corte ecológico.

1. ¿QUÉ ES LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA Y CUÁLES SON SUS IMPLICACIONES SOCIALES?

Hace más de treinta años, en 1980, en su libro *El post-socialismo*, Touraine escribió que la tecnocracia —que no se reduce al poder de los técnicos— se había convertido en «la figura central de la sociedad programada» y que los grandes grupos tecnocráticos eran «los principales agentes de dominación social», siendo su mayor fortaleza su capacidad para establecer y hacer cumplir las normas. Los grupos tecnocráticos conforman la nueva clase dirigente. En el mismo libro, un poco más adelante, el autor considera el movimiento ecologista como el principal adversario social de la tecnocracia, de la misma manera que el movimiento obrero se opuso a la dominación capitalista durante el periodo de la sociedad industrial. Para él, los militantes antinucleares representan la vanguardia de los movimientos sociales implicados en esa lucha anti-tecnocrática que define al movimiento social central. Desde el principio, este movimiento de protesta social internacional ha afirmado que los recursos del planeta son limitados, que la contaminación y la selección de especies destruyen la biodiversidad, que los riesgos tecnocientíficos, una

vez convertidos en desastres reales, son inmensamente destructivos y, más recientemente, que el calentamiento atmosférico conducirá, si continúa, a cambios geográficos con impactos socioeconómicos más o menos catastróficos.

Así pues, aquí tenemos los grandes retos que impone el modo de producción productivista —las cuatro dimensiones de la crisis socioecológica: la telúrica, la biológica, la tecnocientífica y la climática— y al mismo tiempo lo que debe superar la transición ecológica. Examinando estas cuatro dimensiones de la crisis/transición ecológica, veremos cuáles son las implicaciones y por tanto los tipos de problemas que se plantearán o que se plantean ya.

Sabemos que reducir el volumen de los recursos naturales, sobre todo minerales, que fundamentan el potencial material y energético de las mercancías sólo es posible disminuyendo toda la actividad económica o haciéndola mayoritariamente inmaterial, lo que conduce también a una disminución de los desplazamientos, etc. El declive de la biodiversidad se produce no sólo por las selecciones de especies por parte de una agricultura productivista, sino también por la contaminación medioambiental que ésta supone (fertilizantes químicos y pesticidas) y por la destrucción de vegetación que causa el monocultivo extensivo, así como por todas las formas de reducción de espacios naturales y de asfaltización que ocasiona el desarrollo industrial, infraestructural y urbano, por no hablar de la contaminación propiamente industrial o la que proviene del exceso de vehículos motorizados, coincidentes ambas con los intereses del productivismo y del urbanismo funcionalista. La adaptación sostenible al cambio climático pasa también por reformas estructurales: no sólo de la industria sino también de una vivienda más eficiente, ciudades menos dispersas, menor especialización funcional de los territorios, protección de litorales reducidos por la elevación del nivel del mar, etc.; reformas muy difíciles debido a la inercia de lo ya construido. En cuanto a los riesgos tecnocientíficos, es sabido que provienen del sector electronuclear y de la industria química principalmente, si bien la investigación sobre biotecnologías tales como los OGM no es desdeñable a este respecto.

Señalemos, pues, que los autores que se enfrentan al análisis de los obstáculos a la transición ecológica (TE) son sobre todo economistas preocupados por la sustitución de tecnologías sucias por limpias, lo que podría definirse como una forma de determinismo tecnológico contemporáneo. En este sentido, resulta sorprendente que los especialistas de la *Economía Evolutiva* aborden los condicionantes, estímulos y barreras del proceso de cambio tecnológico ambiental sólo en términos de ingeniería, técnicas disponibles, criterios de inversión de las empresas privadas, competencia entre tecnologías dominantes y nuevas (más limpias) y alegando limitaciones relacionadas con la curva de aprendizaje, los procedimientos organizativos, los estándares técnicos, las normas sociales, la demanda de los consumidores y los estilos de vida (Del Río González, 2002).

Todo ello, como si no existiesen ni intereses (y menos aún valores) en la defensa de una u otra tecnología, ni lógicas productivistas. Tampoco se mencionan las ideologías ni los grupos sociales que las promueven... Como si Francia no fuese el país más nuclearizado del mundo² per cápita a pesar de su dominio de tecnologías alternativas como la solar o la eólica. Según estos autores, Francia y España (con muchos otros países) no apoyarían la agricultura química porque los lobbies de la industria de los fertilizantes, de los OGM y de los pesticidas fuesen eficaces y hubiesen logrado penetrar en ministerios o comisiones, sino por la costumbre y la inercia de lo existente... Una literatura sorprendentemente irreal.

Invertir las tendencias que nos han llevado a las situaciones aquí evocadas puede desencadenar una serie de furiosas reacciones que forman parte de los principales obstáculos, mucho más allá de lo que prevén los colegas de la *Economía Evolutiva*, como comprobaremos a continuación. En este sentido, sería un error —un error que se comete con

frecuencia— pensar que la lógica del productivismo consiste solamente en cumplir funciones económicas o conseguir beneficios empresariales. Es verdad que los ingresos generados por el crecimiento económico han permitido muy a menudo (en las democracias) costear los servicios sociales. Es decir, que todos —unos más que otros pero incluso los más pobres a través de la asistencia social— han mamado de esta fecunda ubre. Y ése es uno de los más potentes obstáculos a la TE. Es la razón por la que tratamos aquí más de las personas como obstáculo que de los sistemas. Pasemos, pues, al tema central de esta contribución.

2. LOS NUMEROSOS OBSTÁCULOS SOCIALES A LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA

Según el keynesianismo, una alta producción se ve favorecida por una solvencia suficiente de los consumidores (o sea, unos niveles salariales que permitan absorber lo que se produce); lo que el keynesianismo hace sin decirlo es también, indirectamente, comprar una relativa paz social. El sociólogo durkheimiano Bouglé —a mi parecer el primer sociólogo en el mundo en utilizar el concepto de productivismo— ya lo decía.³ Cito: «En la raíz del optimismo productivista está la convicción de que, en los países y en los tiempos en que la actividad industrial es exuberante, reñimos menos por el reparto de los beneficios: si el pesebre está lleno, los caballos están tranquilos».

Este mecanismo es muy antiguo. Recordemos que, desde la antigüedad, los poderes centrales de los más ricos imperios ya compraban la paz social con una redistribución mínima y la asistencia o el desendeudamiento para los pobres (pensemos en la Mesopotamia de Hammurabi o el imperio mongol instituido por Gengis Khan, cuyo hermano recibió a Marco Polo). ¿Estamos lejos de los actuales retos ecológicos? No, en absoluto; estamos hablando,

² Francia es, con diferencia, el país más nuclearizado del mundo per cápita, con un reactor nuclear por cada millón de habitantes. Los países, de tamaño comparable —puesto que Suecia y Bélgica tienen un ratio equivalente pero con una población seis veces inferior a la de Francia—, más cercanos en este sentido, aunque muy por detrás, cuentan con aproximadamente un reactor por cada 2 o 2,5 millones de personas: en orden descendente, Canadá, Corea del Sur, Japón, el Reino Unido y los Estados Unidos con un reactor por cada 3 millones de habitantes.

³ Al final del texto «Producteurs et coopérateurs» (publicado en 1931).

aunque no lo parezca, del problema central y actual de la transición ecológica. En efecto, a pesar de que algunos desastres ya se noten o se sufran, casi todas las implicaciones de las cuatro crisis ecológicas anteriormente mencionadas son hipotéticas (riesgos industriales) o diferidas. Es decir, son virtuales en la conciencia social (o son consideradas como tales por denegación). Si tales catástrofes son virtuales o para un mañana, ¿por qué debo renunciar a mi trabajo que me permite comer hoy, a mi confort o placer de viajar y de disfrutar ahora, sobre todo si no he tenido la oportunidad de hacerlo cuando era más joven? Continuemos este sainete. ¿Estos intelectuales «pequeño-burgueses ecologistas» (como los llama Bourdieu) —que lo tienen y lo han tenido todo— me lo van a impedir a mí, obrero cualificado, empleado de oficina o técnico, hijo de campesino? La misma pregunta se aplicaría a las relaciones Norte/Sur: ¿por qué yo, indio, turco o chino —y lo diría todavía más alto si fuera senegalés, peruano o haitiano— tengo que apretarme el cinturón cuando me lo piden los europeos, que han destruido mi economía de supervivencia con sus colonias, o los americanos, que han destrozado el planeta con su descomunal consumo?

En las conferencias sobre desarrollo o sobre el clima, a veces se plantean estas preguntas en términos de justicia internacional, es decir, en términos de huella ambiental desigual o de deuda ecológica de los ricos frente a los pobres, lo que no parece suficiente; sobre todo cuando se sabe que una grandísima parte de las mercancías de las industrias del Norte —de fuerte impacto ecológico y que conllevan contaminantes «grises»— se producen en el Sur. O sea que este mensaje de justicia social también puede significar lo siguiente: «Ustedes, grandes grupos industriales del Norte deslocalizados en el Sur, déjenos producir y contaminar todavía más»... El mismo tema parece plantearse con el concepto, bastante de moda hoy en día, de desigualdad ecológica entre las categorías de los países ricos. Pero parece que lo que exige la justicia social es que se repartan las molestias y la contaminación, no que disminuyan... Parece menos arriesgado razonar

desde el punto de vista de las personas, adoptando una perspectiva más comprensiva.

Mientras el mensaje ecologista sea percibido como la disminución de oportunidades de empleo, seguirá siendo inaudible: no se puede renunciar a las demandas inmediatas en nombre de (posibles o probables) problemas que surgirán en un futuro; y, por instinto de autoconservación, comer bastante hoy siempre estará mejor valorado que arriesgarse a comer menos mañana... En apoyo a esta afirmación gratuita, podemos citar varios casos de denegación del riesgo personal en el mundo laboral (metalurgia, *outsourcing* nuclear, etc.). Encuestas realizadas en mi universidad (Bocéno *et al*, 2001) demuestran que, en una provincia en la que todas las infraestructuras nucleares se concentran en el norte de la península (Cotentin, en Normandía), cuanto más lejos se vive de las fuentes de riesgo, más extendida está la opinión de que son peligrosas y de que es necesario buscar alternativas energéticas.

También en España encontramos este tipo de fenómenos. Poblaciones enteras se exponen voluntariamente a situaciones de amenaza en nombre del trabajo, como en Villar de Cañas, el pueblo al sur de Madrid que reivindica para su territorio un vertedero de residuos nucleares y sus empleos, un lugar que hasta atrae a nuevos vecinos... En perfecta armonía con los residentes de zonas contaminadas que no pueden resignarse a morir de hambre (o con los agricultores que piensan ahorcarse de un árbol bien verde si se cierra la granja químico-agrícola), resulta más insoportable no vivir que, en este caso, ser irradiados (en Bielorrusia después de Chernóbil o en Japón después de Fukushima). En el ejemplo español del pueblo al sur de Madrid, el alcalde declaró que el anuncio de instalar una zona de tratamiento de residuos nucleares en su municipio era (cito un diario francés, el más leído de este país)⁴ «como si hubiéramos ganado setenta veces la lotería». No se trata sólo de aceptar un peligro impuesto y compensado: se trata de promover la vida a corto plazo a pesar de que una actividad sea potencialmente peligrosa o destructiva en el largo. También podemos citar el caso del amianto (asbes-

⁴ *Ouest France*, 28 mars 2012, p.3.

tos), cuya producción no se redujo, por negarse a ello los sindicatos obreros, hasta los años 1990 en Francia, cuando los Estados Unidos lo habían prohibido desde hacía ya varias décadas por su fuerte peligrosidad para la salud.

Los lobbies industriales⁵ son muy numerosos y en muchos de ellos se encuentran miembros de sindicatos obreros que defienden los medios de trabajo junto a los empresarios. Por ejemplo, en los sectores electronuclear, químico, de los materiales de construcción o del automóvil, los sindicatos y las direcciones de las empresas defienden las mismas posturas antiprotección medioambiental.

Pero la resistencia más rotunda frente a las reformas ecológicas proviene de la mayoría de la población: de la clase popular, o sea de los obreros, los jornaleros de la agricultura o los empleados subalternos del sector servicios. En efecto, estas categorías sociales no pueden renunciar a aquello que les permite vivir—el trabajo en el ámbito industrial o comercial, que será el más afectado por la transición ecológica, sobre todo en tiempos de crisis económica en los que escasea el empleo. Tampoco pueden renunciar a un modo de vida que implica (al igual que los empleados y jornaleros): comprar en los establecimientos más baratos en los que se venden los productos menos ecológicos, muchos desplazamientos motorizados, etc.

Recordemos, a propósito del primer obstáculo, que sindicatos obreros de Alemania se manifestaron junto a los dirigentes capitalistas del sector de la muy potente industria química en contra de las normas europeas de protección ambiental REACH. En Francia también el mundo obrero se opone fundamentalmente a los mensajes ecologistas y no sólo por el peso marxista de la valoración de las fuerzas productivas, sino por interés. Los sindicatos obreros son todos *crecentistas*. Es obvio tratándose de la CGT, pero también lo es hoy con respecto a la CFDT, que en su día se implicó en los prolegómenos del movimiento ecologista, incluso del antinuclear,

abriendo desde los años sesenta sus reivindicaciones al tema de la calidad de vida. En este sindicato reformista se produjo una división al principio de los ochenta de la que surgió SUD (Solidarios, Unionistas y Demócratas), facción que adoptó posiciones análogas a las de Izquierda Unida en España si bien añadiendo una apertura real a los temas ecologistas. Pero últimamente sus posiciones se han vuelto clásicamente productivistas, por ejemplo en la defensa del empleo en los sectores petroquímico y del automóvil. Este último sector, muy antiecológico, representa el 10% de todos los empleos en Francia, lo que explica que el actual gobierno francés socialista lo apoye con todas sus fuerzas. . .

En cuanto al segundo obstáculo, recordemos que el «impuesto sobre el carbono» de la gasolina fue rechazado por la clase popular francesa, que necesita coger el coche a diario no sólo para ir a trabajar sino para ir a comprar, acompañar a los hijos, acudir a lugares de recreo, etc. Y eso, mucho más que las clases medias y altas, porque éstas viven a menudo en el centro de las ciudades, donde el transporte público es más denso. Si bien es cierto que líderes ecologistas franceses como Cécile Duflot (actual ministra verde de la vivienda) o el eurodiputado Daniel Cohn-Bendit apoyan dicho impuesto, la actual ministra francesa de medio ambiente, la socialista Delphine Batho, escribió en 2009, cuando se planteó el proyecto de impuesto sobre el carbono para la gasolina, que esa fiscalización ecológica era: «un impuesto sobre y en contra de la ruralidad; un impuesto apoyado en los pobres». ⁶ En realidad tenía razón—y esto es un gran obstáculo a la transición energética— pero pararse ahí y no hacer nada para reducir la necesidad del modo de vida «heteromóvil» (y no automóvil en este caso), sosteniendo al contrario el desarrollo de la industria del coche, es ir en dirección opuesta a la de la TE. Por no mencionar las inmensas desigualdades que acarrearán las políticas que favorecen el automóvil, o que el coste del petróleo lo hará pronto inservible para la mayoría de la población.

⁵ Por ejemplo el IDDRI (*Instituto del desarrollo sostenible y de las relaciones internacionales*), fundado por el consorcio EDF, GDF Suez, Lafarge, Saint-Gobain, Veolia Environnement y por un cartel (EPE, *Empresas por el Medioambiente*) al que pertenecen los grupos industriales más grandes y de mayor impacto ecológico.

⁶ Según el diario francés *Libération* (30/08/2009).

Entonces, ¿cuáles son los puntos de apoyo o las variables relevantes susceptibles de influir en el cambio de estas tendencias productivistas? Finalizo mi exposición hablando en la tercera parte de algunas orientaciones y variables de la acción política.

3. ALGUNAS ORIENTACIONES Y VARIABLES DE LA ACCIÓN POLÍTICA

De la misma manera que, en el siglo XIX, los solidaristas evocaron la «deuda social» de los ricos frente a los pobres, las generaciones actuales ya han contraído varias deudas ecológicas importantes con lo que, al igual que los créditos a devolver en décadas y que heredan los descendientes, las generaciones futuras tendrán que pagar mucho más caro lo que las generaciones actuales se niegan a pagar: un mayor coste de los aún más escasos recursos que no se han guardado, el aumento de los gases de efecto invernadero por el deshielo de territorios congelados durante siglos o más, el retroceso de los diques en las costas, la rehabilitación de los espacios contaminados, bombas de relojería como, por ejemplo, los almacenes de residuos peligrosos, a lo que habría que añadir el carísimo declive de la biodiversidad, etc.

Pero esta evidencia no encaja fácilmente en el marco democrático cuando la población se opone a lo que ella tacharía de regresión social. Así, son varias las condiciones que resultan previas a la transición ecológica. En primer lugar, hay una exigencia de legitimación democrática de las reformas que sólo puede conseguirse si el sistema de información difunde entre las masas datos suficientes por ejemplo sobre las enfermedades ambientales—incluyendo los distintos tipos de cáncer y los numerosos problemas neurológicos y hormonales—causadas por la contaminación, sobre todo por las pequeñas dosis que se van acumulando a lo largo del tiempo en el cuerpo combinándose de forma sincrónica (efecto cóctel). Cuando se sabe lo que cuesta (incluso en términos económicos) reparar los daños a la salud o un aumento de la mortalidad, parece más fácil legitimar las reformas por dolorosas que sean. Pero esto depende de quién controle el sistema mediático. En este sentido, son de destacar los recientes resultados del biólogo de

mi universidad Gilles-Eric Séralini, que demuestran los efectos cancerígenos de los alimentos modificados genéticamente. Actualmente se enfrenta a la Agencia europea de evaluación de los alimentos (la EFSA, European Food Safety Authority) y ha provocado en Francia un verdadero escándalo mediático, una protesta general (*tir de barrage* como dicen los franceses) contra él—incluso por parte de las cuatro academias de las ciencias de Francia, que se han unido para pedir que se prohíba la difusión de tales noticias en los medios, promoviendo así un totalitarismo pseudocientífico—además de por parte de la mayoría de aquellos periodistas que actúan como correa de transmisión de los lobbies industriales.

En segundo lugar, los destrozos medioambientales cuestan más cuanto más masivos son: costas, biodiversidad, clima, etc. Abordarlos hoy es cuestión de racionalidad, pero de una racionalidad que no tenga en cuenta los obstáculos sociales y mentales aquí descritos. Si la mayoría de la población, sea por las razones anteriormente aludidas, sea por un interés material en producir y por adhesión al crecientismo productivista, se opone a los requisitos de la transición ecológica, ¿cuáles son, en una democracia, los márgenes y las variables de la acción política?

Sin varias medidas indirectas—cuya ausencia implicaría oposición por parte del cuerpo social y, en particular, de las clases populares—parecería paradójico defender la biodiversidad y la sostenibilidad de ciertas especies y olvidarnos de los seres humanos. Promover a la vez empleo y ecología requiere, ante todo, la relocalización de la producción económica, que es lo que suele proponer la llamada *economía social y solidaria*. Este tercer sector corresponde a un elemento esencial que consolida el tejido asociativo no sólo para la producción localizada (sobre todo cooperativista) sino como base de control. En efecto, en tiempos de reducción presupuestaria, el número de funcionarios de medio ambiente disminuye en todos los países; de forma que este tejido asociativo puede funcionar como un inmenso instituto sanitario y ecológico descentralizado de vigilancia ambiental en estado de alerta permanente. La economía social y solidaria es también la mejor garantía de que lo ecológico no se haga a expensas de lo social y de que se articulen ambos objetivos.

Pero todo no puede estar descentralizado. De la misma manera que no se conciben universidades en cada pueblo, parece bastante difícil imaginar pequeños talleres de barrio autogestionados alimentados con energía solar que produzcan locomotoras y redes de ferrocarriles para los trenes que los ecologistas prefieren a los coches y a los aviones. . . En este sentido, la transición ecológica supone más reconversiones industriales que improbables cierres o rupturas productivas. Concretamente, se trataría de la transformación de las industrias del automóvil, de la energía nuclear⁷ y una gran parte de las petroquímicas o de las industrias farmacéuticas, en soporte para las empresas del sector de la energía ecológica y de la agricultura local no química. ¿Pero quién, cumpliendo con estas pautas, se atrevería a incluir en los programas políticos la reconversión de Peugeot y Renault, Alstom (fabricante de componentes nucleares y de los trenes de alta velocidad en Francia), EDF (el equivalente de Iberdrola), Vinci (autopistas) y Lafarge (asfaltos y cementos), etc., así como de todos sus proveedores? ¿Podrían la mayoría de estas empresas dividirse en unidades más pequeñas de producción, más insertadas en el tejido socioeconómico local y más adaptadas a una organización cooperativa y autogestionada? La perspectiva parece poco realista en el caso de los grandes grupos industriales. Sin embargo, es lo que la transición ecológica requiere: orientar la gran industria hacia los sectores del transporte público y de la «economía verde» mediante políticas de incentivos.

Tocamos aquí los mismos límites de la política, límites que son totalmente sociológicos: estrategias de *lobbying* y de defensa inmediata, la connivencia entre los sindicatos y los empresarios de la industria en el rechazo a aplicar las normas ecológicas, la porosidad tecnocrática de los sectores público y privado (*pantouflage* dicen los franceses, o sea el paso del primer al segundo sector), la financiación de partidos políticos por las empresas, partidos que, una vez en el poder tienen que devolverles el prés-

tamo, etc. Además, se sabe hasta qué punto el sistema económico prefiere promover la reparación, más prometedora en términos de crecimiento económico, que la precaución, y que el control previo de la innovación científica y técnica que conlleva casi siempre importantes riesgos para la salud y el entorno, es muy difícil teniendo en cuenta la velocidad de las dinámicas de innovación, la rapidez con la que un invento adaptado se transforma en mercancía.

PARA CONCLUIR

Los obstáculos inherentes a las actividades económicas de las empresas se pueden relativizar o matizar con lo que llamamos el capitalismo verde o la falsa TE del *greenwashing*. Pero cambiar las mentalidades en profundidad es algo mucho más difícil, porque no se consigue solamente proponiendo campañas de sensibilización o sondeos de opinión orientados. Las ideologías también se fundamentan en situaciones materiales. Es cierto que, como decía Foucault en una bella y optimista formulación, «todo lo que se ha instituido históricamente se puede reformar políticamente». Pero tratándose de infraestructuras y de morfología urbana, la reforma parece más difícil y de más largo plazo. También las mentalidades forman parte de esta dificultad. No las opiniones que cambian fácil y rápidamente, sino la cultura profunda, que tiene mucha más inercia. Los hábitos del consumo fácil, que tardaron siglos en imponerse, y lo agradable que resulta comprar mercancías y no producirlas uno mismo, no cambiarán tan fácilmente siendo el esfuerzo superior cuando hablamos de frugalidad. Sin duda, la respuesta a todos estos obstáculos la tiene el movimiento social, al que Touraine llamaba 'adversario social central de la tecnocracia'. Pero tal movimiento sólo puede fortalecerse si la ecología se adentra en la moral, si se enriquece de elementos culturales y de valores para configurar una nueva ética.

⁷ En este sentido, consideremos las dificultades de reconversión energética programada de Japón, y señalemos que, a pesar de la decisión central de cerrar las centrales nucleares en un plazo de 30 o 40 años, a principios del mes de octubre de 2012 se decidió continuar con los grandes proyectos de construcción de nuevas centrales (véase también, en el caso español, el artículo de E. Garcia (2011) sobre los conflictos relativos a la prolongación de la central de Cofrentes).

André Gorz (2008:67-68) escribió, poco antes de morir, que para articular la defensa del medio de vida y la reconstrucción de un mundo vivo, se debe dar garantías institucionales a los individuos para que accedan tan sólo a imaginar (cito) «una vida más libre, más relajada y más rica». Lo que supone, desde su punto de vista, las siguientes reformas estructurales: «suficientes ingresos independientes del trabajo [renta mínima para todos], la redistribución del trabajo, la creación de espacios de autonomía que ocupen el tiempo liberado, el refuerzo del entramado de la solidaridad, de intercambios de servicios basados en asociaciones, pero también, y por último (*last but not least*), la exigencia de «que se repiense la arquitectura y el urbanismo, las infraestructuras y los servicios públicos, las relaciones ciudad – campo a fin de que se descompartimenten las esferas de la vida y las actividades». ¡Tremendo programa! Se parece más a una revolución que a una reforma global – pero ¡cuánta razón tiene!

Así pues, lo que le falta todavía por inventar al movimiento ecologista es una esperanza positiva, un sentido del progreso humano, un discurso que contenga argumentos de mejora de la vida. Todo ello se erige, por lo tanto, como el principal reto de la transición ecológica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOCÉNO, L., GRANDAZZI, G. & F. LEMARCHAND (2001): *De l'information à la gestion des risques technologiques: le cas des OGM et du nucléaire dans la Manche*. Min. de l'Environnement, Université de Caen.
- BOUGLÉ, C. (1931): «Producteurs et coopérateurs». *En De la sociologie à l'action sociale. Pacifisme-Féminisme-Coopération*, Paris, Librairie Félix Alcan, edición electrónica en <<http://classiques.uqac.ca/>>.
- DEL RÍO GONZÁLEZ, P. (2002): «Hacia un modelo explicativo de los obstáculos al cambio tecnológico ambiental en la industria». Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha, <<http://www.ucm.es/info/ec/jec8/Datos/documentos/comunicaciones/Ecologica/Rio%20Pablo%20del.PDF>> [13/05/2013].
- GARCIA, E. (2011): «La problemática de la energía nuclear en el Valle de Ayora: Los conflictos en torno a la prolongación del funcionamiento de la central de Cofrentes y a la candidatura de Zarra como posible ubicación del almacén temporal centralizado de residuos de alta actividad», *Arxius de Ciències Socials*, 25:83-102.
- GORZ, A. (2008), *Ecologica*. París, Galilée.
- JUAN, S. (2011), *La transition écologique*. Toulouse, Érès.
- SÉRALINI, G.E. (2012), *Tous cobayes: OGM, pesticides, produits chimiques*. París, Flammarion.
- TOURAINÉ, A. (1980), *L'après-socialisme*. París, Grasset.